

LA HERMANA MUERTE

¿Por qué mirar para otro lado si la tenemos delante? No podemos ignorarla, debemos verla venir y acogerla. La muerte, disfrazada de tragedia, es hermana, es la compañera del amor. Así la han descubierto dos gigantes de la fe.

San Francisco de Asís, en su Cántico de las criaturas, escribió así: *“Y por la hermana muerte, ¡loado mi Señor! / Ningún viviente escapa de su persecución; / ¡ay si en pecado grave sorprende al pecador! / ¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!”*.

San Agustín entre sus confesiones dejó dicho que *“la muerte es la compañera del amor, la que abre la puerta y nos permite llegar a aquel que amamos”*.

Benedicto XVI, en su audiencia general de los miércoles del 2 de noviembre de 2011, nos hacía una catequesis digna de tener en cuenta al ponernos frente a la meditación sobre la muerte: *“Nos preguntamos: ¿por qué sentimos temor ante la muerte? ¿Por qué gran parte de la humanidad jamás se ha resignado a creer que más allá de ella se encuentra simplemente la nada? Creo que las respuestas son muchas: sentimos temor ante la muerte porque nos da miedo la nada, ese partir hacia algo que desconocemos, que nos resulta ignoto. Y entonces surge en nosotros una sensación de rechazo... (...) Sentimos también temor ante la muerte porque, cuando nos hallamos hacia el final de nuestra existencia, percibimos que existe un juicio sobre nuestras acciones, sobre cómo hemos llevado nuestra vida...”*.

Con la Palabra de Dios, la enseñanza de la Iglesia y el pensamiento de los hombres de buena voluntad afrontemos el misterio de la muerte ya que es un hecho del que ninguno de nosotros se puede escapar y ante el cual no sirve cerrar los ojos.

1 - LA REALIDAD DE LA MUERTE

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1007, nos introduce en la realidad de la muerte: *“La muerte es el final de la vida terrena. Nuestras vidas están medidas por el tiempo, en el curso del cual cambiamos, envejecemos y como en todos los seres vivos de la tierra, al final aparece la muerte como terminación normal de la vida. Este aspecto de la muerte da urgencia a nuestras vidas: el recuerdo de nuestra mortalidad sirve también para hacernos pensar que no contamos más que con un tiempo limitado para llevar a término nuestra vida: “Acuérdate de tu Creador en tus días mozos, ... mientras no vuelva el polvo a la tierra, a lo que era, y el espíritu vuelva a Dios que es quien lo dio” (Qo 12, 1. 7).*

Pero, salgamos a la calle, al hombre que tiene que enfrentarse a la muerte de una u otra manera y escuchemos su reflexión. Ellos también hablan con gran autoridad.

1-1 – La muerte desde el enfermo

En el nº 225 de *“Labor hospitalaria”*, **Marina Lodeiro** (Alandar) escribe un artículo titulado *“La muerte no existe, es un cambio de vida, nada más”*. Leemos admirados sus palabras ante la realidad de su propia muerte: *“Los primeros meses me derrumbaron. Yo me preocupaba, ¿y ahora qué hago? Mis programas de vida y mis proyectos ya no valen. Pedí al señor que me diera una fe fuerte y me la dio. No pienso que voy a morir, sino que voy a vivir intensamente el tiempo de vida que me queda, disfrutando y*

haciendo disfrutar a los demás. ¿La muerte? No existe, es un cambio de vida nada más. Dejas ésta y te encuentras con otra en donde ves a Dios directamente. Cada noche me encomiendo al Padre y digo hasta mañana y sea lo que Él quiera. Cuando me veo muy mal no llamo a mis hermanas para no hacerles pasar una mala noche. Eso sí, si supiera que es la última noche las llamaría para despedirme de ellas”.

1-2 – La muerte desde los familiares

Otra mirada respetable y digna de conocer es la de los familiares directos de la persona que se enfrenta a la muerte. **Iñiqui Gabilondo**, en la revista “*Pronto*”, comenta la muerte de su mujer Maite. “*Labor hospitalaria*”, en el mismo número, recoge su testimonio bajo el título “*La muerte de mi mujer me marcó para siempre*”: «*Ver desaparecer lentamente a un ser querido sin poder hacer nada por evitarlo es absolutamente demoledor. La pérdida de mi mujer me marcó muchísimo, fue una experiencia terrible que hizo de mí un hombre nuevo, tal vez más envejecido. Me enseñó a valorar lo que de verdad importa y a no preocuparme de las tonterías. Cuando Maite murió me pasé tres meses sin poder moverme. Fue muy fuerte, devastador*».

Otro testimonio hemos recogido. En la misma revista “*Labor hospitalaria*”, se reproduce la carta que **Francisco Moreno Ruiz** escribe a sus compañeros del PROSAC tras la muerte de su hijo: “*Queridos amigos de la Comisión PROSAC: Os agradecemos vuestro telegrama, tarjetas, etc., de condolencia. Sabed que al darle un abrazo a Joan en la Iglesia Parroquial de Alcañiz, en ese abrazo estabais TODOS, desde el primero al último de los incorporados a nuestro movimiento de Pastoral Sanitaria. Os sentí muy próximos a nosotros, haciendo lo que humanamente era posible, pero que solo la solidaridad de los hombres buenos y sobre todo la fe, ayuda a superar. He sentido muy cercana la mano de Dios; he palpado las lágrimas de Jesús de Nazaret. Vivimos en la esperanza cierta de que Franc está con su PADRE, que está bien y gozoso, esperando el reencuentro con nosotros. M^a Asun sigue mal, pero sigue; yo no tengo ni tiempo ni ganas de pensar hacia dentro, de pensar en mí. Tengo que seguir firme para seguir ayudando.*

Firme en mi fe en Cristo Resucitado; firme en confiar en Dios-Padre-Bueno, firme en que mi hijo me ha precedido en la Casa del Padre. Firme mientras sea consciente de mis actos, ideas o sentimientos. Noto la mano de Dios que me ayuda cada mañana a vestirme, que me ayuda a seguir.

1-3 – La muerte desde la sociedad y la Iglesia

En contrapunto recojo dos puntos de vista que pueden representar cada una de estas dos realidades. **Jorge Manrique** en las “*Coplas por la muerte de su padre*”, escribe estos conocidos versos: “*Recuerde el alma dormida, / avive el seso y despierte / contemplando / cómo se pasa la vida, / cómo se viene la muerte / tan callando, / cuán presto se va el placer, / cómo, después de acordado, / da dolor; / cómo, a nuestro parecer, / cualquiera tiempo pasado / fue mejor*”.

Por otra parte el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1013, reflexiona de esta manera:

“La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin “el único curso de nuestra vida terrena” (LG 48), ya no volveremos a otras vidas terrenas. “Está establecido que los

hombres mueran una sola vez" (Hb 9, 27). No hay "reencarnación" después de la muerte".

2 – EL ENIGMA DE LA MUERTE

La realidad de la muerte se nos impone y se nos muestra como un verdadero enigma. Miles de preguntas nos asaltan ante ella. Miles de miedos. Solamente la fe nos da motivos de esperanza. Recordemos las palabras del *Catecismo de la Iglesia católica* en su número 1006: *"Frente a la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su cumbre" (GS 18). En un sentido, la muerte corporal es natural, pero por la fe sabemos que realmente es "salario del pecado" (Rm 6, 23; cf. Gn 2, 17). Y para los que mueren en la gracia de Cristo, es una participación en la muerte del Señor para poder participar también en su Resurrección (cf. Rm 6, 3-9; Flp 3, 10-11).*

El poeta de la esperanza **Charles Peguy**, con bellas palabras, entremezcla el enigma con la esperanza. Dice que la muerte no es nada:

*“La muerte no es nada. Simplemente pasé a la habitación de al lado.
Yo soy yo, ustedes son ustedes.
Lo que fui para ustedes lo seguiré siendo siempre.
Llámenme con el nombre con que siempre me llamaron.
Háblenme como lo hicieron siempre, no cambien el tono de voz.
No se pongan solemnes ni tristes. Sigán riéndose de lo que juntos nos reíamos.
Recen, sonrían, recuerdenme...
Que mi nombre sea pronunciado en casa como lo fue siempre,
sin ningún énfasis, ni asombro de sombra.
La vida significa todo lo que siempre fue. El hilo se cortó.
¿Por qué estar ausente de sus pensamientos? ¿Sólo porque no me ven?
No estoy lejos... estoy sólo al otro lado del camino. Verán, todo está bien.*

2-1 – Problema personal

Detengámonos en el problema personal que supone la muerte para cada persona concreta. **San Gregorio el Grande** subraya la incertidumbre ante ese momento y la dificultad de enfrentarse a él: *"Quiso el Señor que se nos ocultase el tiempo de nuestra muerte, para que la misma incertidumbre de aquel momento nos obligase a estar siempre bien dispuestos".*

La revista *Tiempo* ha recogido el testimonio de *Victoria Camps*, catedrático de ética de Barcelona, y que había publicado en la revista *Labor hospitalaria* en su número 225. Se detiene en el problema del envejecimiento que nos acerca poco a poco a la muerte. Estas son sus palabras: *«Llevo bastante tiempo obsesionada por la idea del envejecimiento y de la muerte. Creo que la Filosofía debería servirnos para aprender a morir. Muchos filósofos han dicho que el hombre es un ser para la muerte y prepararse para ella es una forma de aprender a vivir.*

Durante los primeros años no somos conscientes del significado de la muerte; incluso tenemos cierta sensación de inmortalidad.

Cuando van desapareciendo los que están delante de ti y vas quedando en primera línea, te das cuenta de que la muerte va en serio y no sabes cómo afrontarla. Eso, unido al envejecimiento, al deterioro físico y mental, te enfrenta a preguntas terribles: ¿Todo esto merecía la pena? ¿He hecho algo en serio? ¿Para qué ha servido mi vida?»

Con ser grave el miedo por el envejecimiento, aún la muerte muestra su enigma ante el más allá de la muerte. Aquella escena memorable de la película de **Ingmar Bergman**, *El séptimo sello*, sigue siendo una necesidad para tantos hombres que se resisten a morir por no saber qué hay después. La partida de ajedrez del caballero Blok con la muerte, tratando de ganarla tiempo, sigue siendo una realidad. El **Concilio Vaticano II** (*Gaudium et spes*, 18) escribe sobre ello: “*El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte*”. En el n° 41 los padres conciliares afirman: “*Siempre deseará el hombre saber, al menos confusamente, el sentido de su vida, de su acción y de su muerte*”.

2-2 – Problema social

Este problema personal se hace clamor cuando la sociedad entera se plantea el enigma de la muerte y se hacen numerosas preguntas. “*Son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsiste todavía?*” (*Gaudium et spes*, 10).

Pero tantas preguntas necesitan urgentes respuestas. Las religiones tienen esa importante labor que hacer y han de cumplir con su obligación. “*Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer conmueven íntimamente su corazón: (...) ¿Qué es la muerte, el juicio, y cuál es la retribución después de la muerte?*” (*Nostra aetate*, 1).

Benedicto XVI, en la Audiencia general de los miércoles, el día 2 de noviembre de 2011, enseñó lo siguiente: “*Desde siempre el hombre se ha preocupado de sus muertos y ha tratado de darles una especie de segunda vida mediante su atención, su desvelo, su afecto (...) ¿Por qué esto es así? Porque, pese a que la muerte sea a menudo un tema casi prohibido en nuestra sociedad y se intente casi continuamente apartar de nuestra mente el mero pensamiento de ella, atañe en realidad a cada uno de nosotros, atañe al hombre de todos los tiempos y de todos los espacios. Y ante este misterio, todos, incluso de forma inconsciente, buscamos algo que nos invite a esperar, una señal que nos brinde consuelo, que nos abra algún horizonte, que siga ofreciendo un futuro*”.

3 – LA CAUSA DE LA MUERTE

La reflexión que hace el **Concilio Vaticano II** sobre la causa de la muerte es terminante: el pecado del hombre. Así de claro lo enseña en *Gaudium et spes*, 18: “*La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado*”.

Más adelante, el Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1008, lo ratifica con más detalle: “*La muerte es consecuencia del pecado. Intérprete auténtico de las afirmaciones de la Sagrada Escritura (cf. Gn 2, 17; 3, 3; 3, 19; Sb 1, 13; Rm 5, 12; 6, 23) y de la Tradición, el Magisterio de la Iglesia enseña que la muerte entró en el mundo a causa del pecado del hombre (cf. DS 1511). Aunque el hombre poseyera una naturaleza mortal, Dios lo destinaba a no morir. Por tanto, la muerte fue contraria a los designios de Dios Creador, y entró en el mundo como consecuencia del pecado (cf. Sb 2, 23-24).*

"La muerte temporal de la cual el hombre se habría liberado si no hubiera pecado" (GS 18), es así "el último enemigo" del hombre que debe ser vencido (cf. 1 Co 15, 26)".

En el nº 1009 el catecismo nos abre la puerta de la esperanza ante la tragedia, el enigma, de la muerte: Cristo resucitado. *"La muerte fue transformada por Cristo. Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana. Pero, a pesar de su angustia frente a ella (cf. Mc 14, 33-34; Hb 5, 7-8), la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición (cf. Rm 5, 19-21)".*

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote

www.semillacristiana.com

Salamanca, 8 de septiembre de 2014